

El silencio de todos los muertos

Sandra Becerril



Becerril, Sandra

El silencio de todos los muertos / Sandra Becerril

—México: Editorial De otro tipo, 2021

264 p. 21.5 cm

Serie: Ficción De otro tipo

Género: Novela

© Primera edición: 20201

© Sandra Becerril

D.R. © 2021 Editorial De otro tipo S.A. de C.V.

1ª Privada de Mariano Abasolo no. 10, col. Tepepan. Alc. Xochimilco. C.P. 16020.
Ciudad de México.

56750240 / www.deotrotipo.mx

Editor: Walter Jay

Formación: Selene Solano Jandete

Portada: Mauricio Gómez Morin

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito.

ISBN: 978-607-99017-2-1

Impreso en México / Printed in Mexico

Contenido

La sangre destilaba la noche a modo de gotas	13
Ivonne	17
Ale	26
Nito	32
Ivonne	39
Ale	44
Nito	48
Ivonne	50
Pita	54
Nito	57
Ale	65
Nito	68
Ale	69
Ivonne	74
Alejandra	79
Ivonne	83
Alejandra	89
Nito	91
Alejandra	92
Pita	95
Ivonne	99

Alejandra	102
Nito	105
Ivonne	111
Alejandra	114
Lucas	116
Alex	118
Ivonne	123
Nito	124
Alex	127
Nito	129
Ivonne	130
Alex	132
Nito	137
Lucas	139
Ivonne	143
Alex	148
Lucas	155
Alex	159
Ivonne	164
Alex	166
Ivonne	171
Lucas	173
Alex	174
CR	180

Nito	185
Ivonne	187
Alex	189
Nito	194
Alex	198
Nito	201
CR	204
Nito	208
CR	210
Alex	217
CR	226
Ivonne	228
Alex	230
Nito	234
Alex	236
Ivonne	237
Lucas	238
Ivonne	242
Alex	244
CR	247
Nito	248
Alex	250
CR	256
Ivonne	259

Eugenio	260
Epílogo	261

«Lo único que nos separa de la muerte es el tiempo».

Ernest Hemingway

*Para Ender, mi más sincero editor desde que tiene edad para leer mis
historias.*

La sangre destilaba la noche a modo de gotas

Leí *Dracula* una luna lluviosa, sentada en el cobertizo de aquella casa en la calle de Domingo González número 10, con la pierna fracturada recargada en una silla, el libro en mis manos, la tormenta como mil aplausos cayendo sobre la tierra, salpicándome con su llanto y el inconfundible olor a tierra mojada. A veces parecía que el aguacero se alejaba y otras volvía, pero siempre presente. En mis manos, Bram Stoker con la portada tan roja como la sangre en las arterias, la tentación del demonio con sus uñas largas y voz insondable. Seducida por sus personajes, que me atraparon y me llevaron como pleamar de tinieblas alejándome de la realidad de las nubes llorosas. Lloraban por nosotros. Todo el mundo lloraba por nosotros, en la familia ya no nos quedaban lágrimas de espanto para ofrecer al infierno. Nos quedaba sólo nuestra alma, a la que nos obstinábamos con torbellinos y rumores contenidos en las aristas de las habitaciones para no ser descubiertos.

Ahí, en el porche, nadie me interrumpía. Desde ahí se alcanzaba a ver la luz en la cocina y a escuchar las voces de mi hermano y mi mamá cenando. Para mí siempre era de noche. El día y su sol lastimaban mi piel lechosa y mis pupilas. Amaba a los vampiros como

criatura de luna. Me obsesionaban sus historias y su aislamiento. No había opción para salir de ello.

Un trueno cercano hizo que levantara mis ojos de sus páginas. El rayo llegó de inmediato, la tempestad estaba cerca, o nunca se había ido y era yo la que se había escapado en medio de las letras. Era la única forma de huir un rato del averno. Luego había de entrar a él y esperar los gritos, los arañazos, las voces, las sombras, los dedos fríos tocando las piernas, arrancando la piel de ellas. Eché un vistazo a la mía, destruida. Me pregunté cómo serían las cicatrices debajo del yeso de la pierna, si alejarían a la gente de mí, si preguntarían qué fue lo que me sucedió. La tenía partida en diez pedazos unidos por tornillos y amarres de metal. Me habían tenido que quitar un fragmento de la cadera para injertarlo en el tobillo.

Me la había fracturado ya siete veces dentro de la casa. Porque, ella, la construcción ansiaba matarnos. Deseaba nuestra voluntad, lamentos, pesadillas, sudores fríos y llantos de horror. El pisar con suavidad los escalones para que no notara que estábamos subiendo, susurrar en el patio de atrás al jugar con las muñecas, dormir debajo de las cobijas que nunca nos protegerían.

Por estar inmersa en la lectura, no me enteré cuándo apagaron la luz de la cocina y se fueron a dormir, juntos, subiendo las escaleras en tropel, nadie quería ser el último. Yo hacía todo lo posible para no dormir, para que mis ojos no se cerraran y no quedar a la merced de los espíritus que nos acechaban. Me había hecho el propósito de defender a mi familia a como diera lugar. Los fantasmas de la casa no vencerían. A pesar del terror, las palpitaciones y la muerte, jamás serían suyos.

Cerré el libro, miré las flores marchitas que mi mamá había plantado. Siempre morían, todo lo sembrado en aquella tierra maldita moriría. La vida no era permitida en el patio del diablo. Escuché que

la cerradura de la puerta se recorrió y en completo silencio se abrió la puerta de enfrente, apurándome: “ven, anda, te estamos esperando”. No quise voltear para ver quién salía, una sombra sin forma, embarrándose en la noche con su letargo, cual tinta embarrada por el piso, andando con lentitud hacia mí. “Ven, Alejandra. Te estamos esperando”. Tomé mis muletas y me levanté.

Quizá sobreviviría. O tal vez estos fueron sólo mis últimos pensamientos. Cada noche, durante todos los años que vivimos ahí, supuse eso: Esta vez dormiré tarde para vivir lo más posible, por si mañana amanezco muerta.

Con la habilidad adquirida por el paso del tiempo, franqueé con mis muletas hacia el interior. Nadie había abierto la puerta, nadie la había cerrado tampoco, pero cuando giré, ya estaba con todo y el pestillo puesto. A oscuras, mi vista atravesaba desde la entrada el laboratorio de papá, el pasillo que llevaba al estudio y la sala hasta el patio trasero, y los ventanales embarrados de lluvia. Afuera, la libertad, tan lejana. El viento movió las hojas secas con tal fuerza, que provocó un sonido de pasos pequeños e introvertidos. Venían por mí. Es horrible saber que en cualquier momento vendrán por ti.

Di dos pasos hacia adentro. El corazón contraído. El horror perforando mi garganta. Una risa en mi nuca, unos ojos examinándome desde el laboratorio de mi papá, la alacena en la cocina abriéndose y los pasos tibios rodeándome.

—¡Esta es nuestra casa! —Abucheé con todas mis fuerzas—. ¡Lárguense! Mi mamá bajó corriendo, ¿qué había pasado ahora?, ¿por qué gritaba así? Quise explicarle, pero vi que una mano la empujaría por las escaleras. Solté las muletas. Mi madre no moriría así, en esa casa poseída.

Esta es la historia de cómo vivimos en aquel lugar durante quince años, y de cómo es mirar a todos los demonios de frente y sudar

sangre, mientras les escupes en el rostro todas las oraciones que te enseñaron de pequeño. A veces puedes salir del infierno y respirar, pero no hay escapatoria. Una vez que te ha tenido, jamás te dejará ir.

Hay algo hermoso en saber que todos estamos muertos y, al morir, todos nos volvemos secretos profundos y misteriosos. Somos un enigma para los demás, cada una de las casas de la ciudad, de las luces encendidas, de las ventanas abiertas; cada mente y corazón encierra su propia incógnita. Y al morir, al cerrar el libro de cada uno, porque sucederá, el secreto es enterrado en aguas insondables; se cerrará de golpe para todos los espíritus que alguna vez intentaron conocerlo. Está escrito en todos los cementerios: “la esposa se ha ido, el hijo ha muerto, fue una gran abuela, un hermoso bebé, un padre perfecto”. No obstante, eso no refleja nada, no dice: “fue un asesino que mató a cincuenta bebés en el mismo terreno”, o “golpeó a su esposa varias veces porque ella, decía él, lo merecía”, u “ocultó su verdadera sexualidad ante sus hijos y amantes”. Quizá, como lo haremos ahora, penetraremos con fugaces destellos a las realidades sumergidas en las habitaciones de una construcción. Y tal vez nos hable al oído, narrándonos todos sus gritos, angustias y desesperación, para que nos sangre la esencia como sangran sus muros y la savia de las plantas envejecidas en su rosalda. Eso, por supuesto, no nos salvará de la muerte. Sólo nos abrirá paso entre sus páginas para salvar del olvido a aquellos que han quedado enterrados, sin quererlo, en la negrura.

Ellos ya no viven. Pero piensan que aún pueden jugar con nosotros. ¿Los escuchas?

Abrir estas páginas te condena.

Y cada palabra que leas te adentrará más en la maldición.

Ya comenzaron.

Están observándote.

Ahora mismo.

Ivonne

Ivonne no quería mudarse del pequeño y acogedor departamento de Eje 8. Estaba en una perfecta ubicación para que sus dos hijos, Ale de 5 y Nito de 3, se criaran bajo su regazo. De ningún modo los perdía de vista, sabía que estarían jugando en la sala-comedor a las canicas, o en alguna de las dos habitaciones con sus *Barbies* y *Playmobil*. Ale siempre con sus muñecas y Nito con sus carritos, a veces juntos o cada uno por su lado; a Ivonne se le tranquilizaba el corazón al escucharlos jugar todo el tiempo. Si se callaban en algún momento, se alteraba sin darse cuenta. Abandonaba lo que estuviese haciendo, ya fuera lavando trastos o cosiendo, y aguzaba el oído. Buscaba el más pequeño ruido para saber que estaban bien. Y siempre aparecía: una risita, un movimiento de los muñecos, las pisadas corriendo.

El departamento quedaba cerca de un parque con columpios y resbaladilla a donde iban todas las tardes. Ivonne los tomaba de la mano para atravesar la avenida en la esquina y llegando al pasto los soltaba sin muchas ganas. Si por ella hubiese sido, siempre los habría tenido agarrados de las manos o cargando dentro de su vientre. Ale a veces llevaba sus muñecas que aventaba desde lo alto de la resbaladilla y Nito, más pequeño y mimado, hacía pucheros si su hermana no jugaba con él. Esos gestos mantenían a su madre enamorada por completo de él, cada día más.

Lo más importante de todo era que la casa de la abuela Tere estaba a unas cuadras. Podían llegar caminando a los protectores brazos maternos siempre que quisieran.

La abuela vivía con la tía Pita. Su esposo había sido llamado por la Muerte a su banquete de gusanos veinte años atrás y desde entonces Ivonne se había encargado de ellas. La bisabuela también había quedado viuda muy joven y los hijos de la tatarabuela ni siquiera re-

cordaban a su padre, que la Revolución les arrebató. Y todas las hijas habían sido siempre mujeres. Un matriarcado total. Incluso era un poco mal visto que duraran más tiempo de casadas que lo que ellas veían como “normal”, un par de años quizá. Para las Merino, los hombres no servían más que para procrear hijos y traer problemas bajo el brazo. Es por eso que cuando Ivonne se casó con el licenciado Eugenio, ninguna tía le auguró más de tres o cuatro años, si bien le iba. Sin embargo, Ivonne había intentado demostrar todos los días que, con su amor franco y sus gentiles y bellos retoños, su estirpe, con todo y padre, era perfecta hacía seis años. No obstante, justificarlo todo el tiempo era agotador. No entendía por qué por las noches se recostaba tan cansada, no sabía por qué no podía recordar sus sueños, y su cuerpo había envejecido tanto desde que se casó. Sonreír para los niños, la mamá, las tías, los vecinos y para ella misma en el espejo cuando no tenía ganas de hacerlo; fingir que nada pasa, que todo está bien, cuando la vida es una chingadera, es extenuante.

En cuanto Ivonne se enteró, revisando los cajones de Eugenio, que había comprado una casa cerca de el Convento de Culhuacán, sin consultarla, con todos sus ahorros, y por lo visto, en medio de ejidos de siembra, con un terreno enorme, sin calle pavimentada, en medio de la nada, más que un par de avenidas cerca y mucha delincuencia, se sintió más abrumada que nunca. No se atrevió a preguntar por qué carajos quería arrancarla de su seguro departamentito y de su vida, por qué ya no tenían un centavo para los estudios de sus hijos y para qué una casa tan grande si lo que necesitaban era una más pequeña para abrazarse todo el tiempo. Estuvo llorando toda la tarde, simulando que partía cebollas, una tras otra, mientras sus hijos indiferentes veían al Tío Gamboín en televisión. De cuando en cuando, tomados también de la mano, se acercaban a la cocina a preguntar por qué su mami chillaba tanto, pero se tranquilizaban al saber que era por las cebollas.

Los últimos días comían todo aderezado con cebollas. Era lógico que su mami llorara mucho.

Desde que se casó, Ivonne se sintió más sola que nunca. El amor esperado nunca terminó por llegar, o convencerla. Su historia de princesas había sido tragada entre gritos y el peso de la tristeza que cargaba sobre sus hombros como capa de superhéroe. Odiaba saberse sola porque, aunque Eugenio trabajaba cerca, él nunca estaba, aunque estuviera. Su mente volaba hacia lugares inexplicables que Ivonne no llegaba jamás a comprender, haciéndola sentir idiota. Deseaba que en algún momento volaran hacia ella y su amor, pero Eugenio quizá nunca la había amado. Por las noches, Ivonne sufría cuando los niños estaban dormidos y Eugenio veía la televisión en la sala; imaginaba que por un momento él llegaría a buscarla a la habitación y se transformaría en el hombre que ella siempre había ansiado. O aquella en la que él había querido, daba igual. Esa fantasía se fue desvaneciendo con el paso de los años, dando a lugar a gritos, malos tratos, engaños, infidelidades y más soledad.

Así, en el edificio, Ivonne escuchaba el rechinado de la cama de la vecina de arriba cuando cogía con algún amante; olía el café recién preparado de la vecina de abajo, lo cual indicaba que tenía visitas; oía las peleas de la del tres con su hijo adolescente que andaba drogado, o la puerta del departamento que estaba al cruzar el pasillo, que pertenecía a los papás de Arturo, el mejor amigo de su hija Ale. Desde ahí se alcanzó a ver el incendio que terminó con la Cineteca Nacional y parte de los Estudios Churubusco, junto con sus bóvedas para la preservación de acervos. Nunca se supo el número exacto de víctimas ni el patrimonio perdido.

El sonido de un chiflido en la calle la hizo sonreír mientras se limpiaba las lágrimas en el delantal y su reflejo pasó volando hacia la puerta de entrada, su mamá estaba afuera. Siempre que llegaba le

silbaba fuerte y característico. Ivonne abrió y abrazó a ese ser tierno, con hoyuelos en las mejillas, labial rojo coqueto y ojos vivarachos protegidos por largas pestañas. Los niños salieron corriendo detrás de ella. Se empujaban.

—¡Abue Tere, abue Tere! — Se detuvieron un poco al ver a la tía Pita, con su rostro enojón detrás de sus lentes y de la abuela. Alguna vez había dicho que le gustaban más las cucarachas que los niños. Y lo había dicho en serio. Eso resumía toda su personalidad.

—¡Abue Tere! ¡Me tragué la cápsula de la medicina yo solita! ¡Mira, mira! —Ale brincaba alrededor de ella, metiendo la cápsula trasparente de vitamina B en su boca, intentando aguantar y llevarla a su garganta, pero le picó y no pudo, vomitando a los pies de Nito, quien gritó.

—¡Guácala! Mira, abue, lo que Ale me hizo en el pie, mira, abue, mira, mira. —La abuela Tere se sintió mareada de tantos gritos, pero nunca lo dijo. Le placía que la recibieran así, que los ojos de los nietos brillaran cuando la veían; que se pelearan por abrazarla, por besarla con labios ensalivados, para demostrarle que cada día eran más grandes. Sin embargo, todo se opacaba un poco cuando veía a su hija. Ivonne los miraba con sonrisa genuina pero melancólica. Esa que tenía todo el tiempo desde que se había casado.

Todos pasaron a la sala, incluida la tía Pita, con todo y su jeta de asco por lo que Ale acababa de hacer. Ivonne entró a la cocina con el pretexto de hacer café mientras los niños hablaban con rapidez, atropellando las palabras. Hasta los oídos de su madre se escuchaba: “el camión de mudanza será enooorme, ya lo estamos esperando”, “y dice mi papá que mi habitación es nueva y está junto a la de Ale”, “mira, mira mis Barbies, irán del lado de mi cama”, “dice que la casa nueva está muy grande y tiene jardín y patio trasero y cuarto de juguetes y...”. Estúpida casa nueva, pensó Ivonne mientras se miraba en

un espejito junto al lavabo, checando que no se le notara que había llorado. El rímel en su lugar, los suspiros ahogados en la garganta y pintarse de nuevo los labios antes de colocar la tetera al fuego. Miró a través de la ventana que daba directo a la de la cocina de los papás de Arturito, quien se asomaba subido en un bote de basura.

—¡Señora! ¿Está Ale para que venga a jugar?

—En un ratito le digo porque está con su abuelita.

—¡Gracias, señora!

¿Señora? ¿A los treinta años? Ivonne se sintió diez años más vieja, con arrugas alrededor de los ojos, manos manchadas por el paso del tiempo, huesudas y sin color. Eso explica todo, pensó, eso explica por qué Eugenio empleó a una secretaria más joven. Luego reflexionó y se acordó de Tina, la nueva asistente de su esposo. La vio tan fea en su imaginación —y en realidad lo era— tan vulgar y sin gusto, que aquel pensamiento tranquilizó su corazón. No, Eugenio sería incapaz. Quizá no por mí, pero sí por sus hijos, por su madre. Demasiados pensamientos para ser tan temprano. Ivonne cerró las cortinas cosidas por ella, con decoración naranja con blanco que ella también había pintado. Eugenio no las había notado, no obstante, llevaban tres meses colgadas, dándole un aire más acogedor al pequeño lugar que ella adoraba. Todo acomodado, no necesitaban más que un diminuto departamento donde pudiera checar a los niños con sólo aguzar el oído, que encima podía limpiar en una hora, después de dejar a los niños en la escuela y luego irse corriendo a la casa de su mamá.

En secreto, a veces pensaba que Eugenio debía fallecer para volver a su casa de origen con todo e hijos. Mas era una reflexión y deseo tan profundo, que ni siquiera ella lo conocía. Jamás aceptaría que era capaz de idear algo así.

Con un suspiro disimulado en la garganta, salió de la cocina con el café negro para su mamá y las galletas para los niños. La tía Pita la

miró con desagrado, no le gustaba el café si ella no lo había preparado, pero tampoco que no se lo ofrecieran. Odiaba los bizcochos de chocolate, pero si eran para sus sobrinos los comería todos, tal y como lo hizo esa tarde, abrazada de su mamá para que los nietos no pudieran acercarse a su abuela. Encendieron el televisor donde Jacobo Zabludovsky anunciaba que el partido de Indira Gandhi había vencido las elecciones parlamentarias de la India. Ivonne la veía mientras platicaba con su mamá sobre las calificaciones, los juegos, las chistosadas, el clima y todo lo que no tuviera que ver con ella o sus sentimientos. Antes intentaba hacerlo, lloraba incluso en el regazo de su madre, pero la abuela Tere nunca aceptaría que su hija se diera por vencida en el único matrimonio que parecía funcionar en toda la familia, por lo que había terminado por jamás escucharla e interrumpirla —primero a propósito, ya después por costumbre— cada que Ivonne platicaba. A veces, cuando Ivonne salía de su casa, no tenía idea de qué habían estado charlando por horas. Así transcurrió aquella tarde, la última en el departamento. La boca de Ivonne no paraba, no sabía ya de qué estaba conversando, cambiaba de tema intentando que su mamá no viera el temblor de sus labios y de sus manos, el último día en su apacible y acogedor lugar. Las cajas ya estaban por todos lados, etiquetadas con la letra recién estrenada de Ale: “cosas de papá”, “cosas mías”, “cosas de Nitito”, “cocina”, “juguetes”, “más cosas mías”, “armas —no tocar—”, “libros de niños”, “libros de adulto”, etc. Ale las mostraba orgullosa a la abuela.

—¡Mira mi letra, qué bonita! Hasta le puse una carita feliz, mira, abue... —frenaba a su mamá intentando que la abuelita mirara con m-u-c-h-o detenimiento el plumón que al fin le dejaron usar—. Y Nitito hizo dibujos en las cajas. —Él asentía introvertido mientras su hermana mostraba un muñeco de palo con manchas en lo alto, como si estuviera en una exposición.

—Este está sucio, ¿se les chorreó el plumón? —La abuela intentaba ser amable, porque en realidad no le encontraba ni pies ni cabeza a los monos de su nieto.

—¡Es sangre, abue! —Gritó Nito. La tía Pita se tapó los oídos como si se los hubiera reventado, con una expresión de asco. El niño se dio cuenta, sintiéndose terrible por la jeta de la tía. Ivonne lo arrojó en sus brazos. Después de todo, siempre sería su bebé, mirando a su hermana con ganas de que se largara de su casa.

—¿Sangre? ¡Qué feo! —Por más que Ivonne abría los ojos para indicarle a su mamá que dijera que le gustaban los primeros trazos de Nito, la abuela Tere no quería, o simulaba no comprender.

—No, abue, no es feo. Mira, en este se cae de un avión y se muere. ¡Pácaletas! Y la sangre se salpica así... con todo y el cerebro y los ojos que se le explotan. —El niño intentaba probar que vieran que en realidad era bueno, eso le había dicho su mamá, eso decían los dibujos pegados al refrigerador, en la galería de la casa—. Y a este le cortan la cabeza. Esta no es una mancha, es la cabeza que se le cayó. Y a este le sale sangre de...

—Bueno, bueno, ya, qué horror. Están refeos. Espantosos —la abuela dio el carpetazo final a la autoestima del niño—. Mejor vamos a mirar las caricaturas que no tienen tanta violencia.

La tía Pita asintió ante el acertado comentario de su madre. Ivonne miraba con desgano cada detalle enfadoso de su hermana que le inspiraba repulsión: los labios rollizos, relamidos por la lengua en medio de los *brackets*; el cabello a la usanza de los años setenta, recogido con tubos; las uñas bien cortadas, como lo haría una señorita decente; piernas con largos vellos aplastados por las medias gruesas —depilarse es de putas—; pantalones de mezcilla y suéter tejido por su madre, dos tallas más de lo normal para que no se le note el brasier de pico debajo, con las enormes tetas cayendo a borbotones;

esas que nadie había tocado hasta ese momento, ni pasaría después. En secreto, a Ivonne siempre le dio risa que su hermana presumiera de ser una “señorita jamás tocada por la mano de un hombre”. Era menor, salvo que a veces parecía incluso más vieja que su mamá, de la misma manera en que se había convertido al paso de los años en su copia exacta: vestían, miraban y sonreían igual, parecían haber intercambiado almas: la de 28 por la de 60. Pita continuaba con sus muecas viendo a los niños: la nariz rugosa, los ojos reducidos odiando, la boca fruncida en un simple y perturbador gesto de desprecio por la vida. Ivonne sonrió —por primera vez sincera en mucho tiempo—, pensando en que era bueno ser ella, a pesar de que la despojarían de lo que hasta ese momento había conocido como “hogar”; y no parecerse en nada a su hermana, ni en lo físico ni lo mental. Nito miraba triste sus dibujos mientras su hermana le susurró al oído:

—No le hagas caso, Nitito. Yo así te amo, con todo y la sangre. Y también me gusta cuando se les cae la cabeza y se las comen los perros. Así les daremos la de la tía Pita cuando se muera. —Nito sonrió y le dio un dulce beso en la mejilla. Se quedaron abrazados mientras en la televisión el Tío Gamboín presentaba la siguiente caricatura, e Ivonne miraba con ansias el reloj de pared que marcaba 17:50. Eugenio llegaría en cualquier momento y a él no le gustaba ver a su suegra en su casa, mucho menos a Pita —aunque eso era más comprensible— y que encima la cena no estuviera lista. A pesar de todo, Ivonne no se animaba a correr a su mamá, sólo se retorció los dedos con nerviosismo y miraba con insistencia a la ventana.

—Mija, ya nos vamos —se levantaron para alivio de Ivonne y protestas de los niños—. Es tarde. ¿Vas mañana a comer?

—Sí, mamita —Ivonne saltó como resorte de la silla—, cuando recoja a los niños de la escuela.

Mientras caminaban hacia la puerta, se deshacía en invitaciones para su mamá:

—A ver cuándo van a la nueva casa, a los niños les da mucho gusto verlas y a mí también. A la próxima vemos una película y también les recuerdo que el martes es el festival de Nitito en la escuela, va a ir de payasito y...